

---

## *Luz de la vida de Abraham Lincoln*

---



### **F. Carlson**

Abraham Lincoln, el decimosexto presidente de los Estados Unidos, nació en una rústica cabaña en el estado de Kentucky el 12 de febrero de 1809. La pequeña cabaña midió doce pies de ancho y diecisiete pies de largo y sus paredes midieron catorce pies desde el nivel del piso hasta el alero. En un punto del cuarto único se encontró al hogar. Actualmente esta humilde vivienda se encuentra protegida como un monumento conmemorativo bajo un hermoso edificio de mármol, entre las colinas y los bosques en donde Abraham jugaba cuando era niño.

Alguien preguntó: “¿Es posible que el mundialmente famoso Lincoln naciera en una cabaña tan humilde?” Es cierto y en aquella vivienda tan rústica, una madre cristiana enseñó a Abraham la verdad importante que la honradez es más poderosa que la fuerza. En sus años después Abraham fue conocido por el apodo: Abraham, el honrado, y tal apodo de ninguna manera era de despreciarse.

Los niños leen mucho acerca de este gran y buen hombre. Una cosa que no debe olvidarse es el sobresaliente hecho que Abraham Lincoln llegó a ser tal hombre porque él aprendió en su temprana edad a honrar y obedecer a Dios y a tenerlo por Director en toda su vida. Frecuentemente se leen y se oyen incidentes en la vida de este hombre noble. En seguida aparecen algunos de poco conocimiento. Nos hacen recordarnos de las palabras del poeta:

“Las vidas de grandes hombres nos dicen  
que también nosotros podemos hacer nuestras vidas sublimes;  
Y al despedirnos de esta vida, también podemos  
Dejar imprimadas nuestras huellas sobre las arenas del tiempo.”

Cuando Abraham era niño, prestó libros que ansiaba leer. Cortó mazorcas durante tres días con tal de ganar dinero para comprar de segunda mano un ejemplar de “La Vida de Washington”. Y después de haber leído el libre, dijo: “No tengo la intención de trabajar toda mi vida con azadón, sembrar milpa, rajar trozos y cosas por el estilo.”

“Entonces, ¿qué deseas hacer?” le preguntó alguien.

“Yo voy a ser presidente,” contestó muy confiadamente.

“¡Bah! ¡Qué tipo de presidente serías tú con todos tus trucos y chistes?” le respondió la misma.

“Voy a estudiar y prepararme. Mi chance se presentará.”

Y su chance se presentó y él se había alistado para el trabajo más importante del siglo diecinueve.

Cuando se despidió de su pueblo, Springfield, Illinois, en el año 1861, antes de empezar su viaje a Washington, dijo:

“Amigos míos, solamente quien haya ocupado el puesto que hoy ocupo, puede entender la tristeza que me ocasiona esta separación de vosotros. Durante veinticinco años aquí he vivido. Aquí nacieron mis hijos y aquí queda uno enterado. Me toca desempeñar el trabajo más difícil que quizá ha tocado hombre alguno desde los días de Washington. Él jamás hubiera tenido éxito si no fuera por la ayuda de la Providencia Divina, fuerza en la cual él siempre se apoyaba. Y siento yo que yo tampoco tendré éxito sin la misma ayuda Divina que le sostuvo – la ayuda del Ser Todopoderoso con que él siempre contaba. Con cariño me despido de vosotros.”

Estas palabras sencillas, dirigidas a sus amigos y vecinos, muestran claramente su dependencia a Dios. Son muestras de una obra de Dios en su alma.

Una visita a la Casa Blanca durante los días de la Guerra Civil, dijo: “Como huésped, pasé tres semanas en la Casa Blanca con el señor Lincoln. Una noche – inmediatamente después de la batalla de Bull Run – yo me sentí muy intranquilo y no pude dormir. Ya cerca del amanecer del nuevo día, escuché una voz baja que salió del cuarto del presidente. La puerta estaba entreabierta. Como por instinto, entre y vi algo que jamás olvidaré. El presidente estaba arrodillado delante un Biblia abierta. La llama de la lámpara estaba baja y las espaldas del presidente me estaban volteadas. Jamás olvidaré aquella voz baja, tan triste y tan lastimera. Así era su oración:

“Oh Dios que escuchaste la oración de Salomón la noche cuando él oró y te pidió sabiduría, óyeme a mí. Yo no puedo dirigir el curso de una nación sin la ayuda Tuya. Yo soy pobre, débil y pecador. Tu, oh Dios, oíste la oración de Salomón cuando él Te clamó pidiendo sabiduría. Óyeme y salva a esta nación.”

Dios oyó y contestó la oración del presidente. ¿Y no contestará hoy en día? Su orden es: “Invócame en el día de la angustia” y su promesa es: “Te libraré, y tú me honrarás.”

Se cuenta que cuando el presidente visitó el campamento de su General Grant en Virginia en el año 1864, él fue recibido por el General y su Estado Mayor. Cuando le preguntaron del viaje, les contestó: “El viaje por el mar no me cayó muy bien y todavía me siento mareos.”

“¿Me permite mandarle una botella de champán, señor presidente?”, le preguntó uno de los oficiales. “Es el mejor remedio para mareos.”

“No. No, amigo jovencito”, le contestó el presidente. “He visto a muchos hombres embolarse y marearse aun sobre la tierra por haber tomado este remedio que tú propones.”

Si el hogar era de tanta importancia en aquellos días pasados, ¿qué se puede decir de su gran necesidad hoy en día? El mundo ha invadido el hogar. Cosa rara es que hay oración y compañerismo cristiano en un hogar. Jóvenes, tenemos por afortunados si os encontráis creciendo en un hogar que tenga los mismos principios fundamentales de la vida del gran Lincoln.

- Traducido del Shining Light Stories